## LETICIA PÉREZ GUTIÉRREZ

"EL CRISTO DE VELÁZQUEZ", DE UNAMUNO

PQ6639 .N3

Sobretiro de Humanitas, Número 14.

Universidad Autónoma de Nuevo León, 1973.



PQ6639 .N3 Z57



"EL CRISTO DE VELÁZQUEZ" de Unamuno

> LETICIA PÉREZ GUTIÉRREZ M.L.E. ITESM



Capilla Alfonsina.
Biblioteca Universitaria

Unamuno escribió versos desde muy temprana edad, pero no fue sino hasta su madurez cuando se dio a conocer como poeta. Tenía cuarenta y tres años cuando se publica su primer libro intitulado Poesías. Desde ese momento no dejará de producir y de seguir el difícil camino de la lírica. Nunca fue un poeta de fácil expresión. De su alma angustiosamente torturada y de su denso pensamiento no podía emerger un verso claro y sencillo. Las formas métricas fueron irreductibles en sus manos. No llegó a dominar totalmente el arte del verso, por eso en su quehacer poético se encuentran tantos altibajos. En su credo poético Unamuno explica: "el sentimiento poético ha de ser pensado, y sentido el pensamiento"; la "idea ha de encarnarse, sea escultórica y no musical su vestidura". 1 Esto nos explica perfectamente su ideario: la búsqueda del vocablo adecuado, del que enraice más en la idea, del que se extraiga más contenido no obstante su rudeza. La idea siempre predominando sobre la musicalidad del vocablo. "La poesía de Unamuno está fuera de todos los ráiles escolásticos para ser rotunda y simplemente suya, cambiante y polifacética, sin duda, pero tan profundamente impregnada de su específico aliento intelectual, que se respira de manera radical de todo movimiento poético que la rodee. Se separa, sobre todo, porque el modernismo es un movimiento para el que la obra poética es una finalidad, mientras que para Unamuno es un simple cauce ideológico y sentimental".2

Cuatro son los poemas que forman la Cristología Unamuniana: el poema

<sup>1</sup> Torrente Ballester, Gonzalo, Panorama de la Literatura Española Contemporánea. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1961. 151.

<sup>2</sup> Díaz Plaja y Monterde, Historia de la Literatura Española e Historia de la Literatura Mexicana. Fditorial Porrúa, S. A., México, 1965, p. 350.

dedicado al Cristo de Cabrera ante el cual medita el 21 de mayo de 1899; el del Cristo de la Colegiata; el del Cristo yacente de Santa Clara en la Iglesia de la Cruz en Palencia; y el famosísimo Cristo de Velázquez, que es el poema cumbre de la lírica Unamuniana.

Los Cristos ante los que Unamuno se muestra impresionado según dice Serrano Poncela en su libro "El pensamiento de Unamuno" son todos "Cristos lívidos, escuálidos, acardenalados, sanguinosos, esos Cristos que alguien ha llamado feroces. Cristos que alguien denominó africanos —el poeta Guerra Junqueiro—, nacidos en las tierras cálidas de la vieja Cartago como San Agustín".3

"El Cristo de Velázquez" fue publicado en 1920. La génesis del poema lo constituye la contemplación del Cristo que Diego Velázquez pintó en 1638 y que hoy puede admirarse en el Museo del Prado de Madrid. Para este poema Unamuno utiliza endecasílabos libres. Lejos de emplear un esquema estrófico único, deja vagar sus reflexiones y pensamientos en 88 estrofas de diversa extensión; y sin la rigidez del patrón rimático su pensamiento adquiere más espontaneidad. Su "Cristo de Velázquez" presenta algunos barroquismos bien definidos. Hermano de Quevedo en la expresión y en el acento desgarrado. El largo poema está dividido en cuatro partes y cada una de éstas muestra a su vez un tratamiento diverso del tema contemplado.

I

La primera parte es totalmente impresionista. Unamuno —poeta— recibe el impacto de la visión del cuerpo pendiente de la cruz. Los tres primeros poemas son situacionales. Ponen al hombre frente a Cristo, "carne que se hace idea ante los ojos".

El sentimiento de la vista es el que se ejercita en primer lugar. Menciona el poeta doce veces el verbo "ver" en distintas formas, así como siete veces la palabra "ojos". Es el preámbulo a la meditación. La composición de lugar, según los exegetas, que antecede al cuerpo central de la meditación.

El alma se apresta a comenzar su oración y dice humildemente:

Broten del recóndito de mis entrañas, ríos de agua viva, estos mis versos, y que corran tanto cuanto yo viva, y para siempre.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> SERRANO PONCELA, El Pensamiento de Unamuno F.C.E. Breviario No. 76. México, 1964. p. 162.

Junto a la aspiración, un deseo, el de perpetuarse: que mis versos —dice el poeta— corran no sólo mientras "yo viva" sino "para siempre".

Y allí está este Unamuno distinto, frente a "El Hombre sin sangre, el Hombre blanco como la luna de la Noche Negra".

El primer paso de la meditación es una búsqueda desesperada, que se resume en tres palabras: Dios — eternidad — misterio.

A partir del poema IV la actitud de Unamuno es dialéctica.

"¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?" pregunta.

Del poema IV al XXXIX una serie de imágenes y comparaciones surgen espontáneas y vibrantes. El cuerpo de Cristo es el centro de atracción:

como la rosa del zarzal bravio con cinco blancos pétalos, tu cuerpo, flor de creación.

El cuerpo del Señor representa —afirma el poeta— "dos bocas yertas de sed de amor". La una es la lengua y la otra el corazón. Ambos 'reposan secos de haber tanto amado". Pero el cuerpo de Jesús no sólo es "rosa de zarzal bravío" sino también "lirio del valle del dolor". No sólo hay en él fuego, flama, sangre; también hay pureza "Blanco lirio entre cardos", 'lirio del valle del Dolor".

El blanco, símbolo de la pureza, es el color que predomina en este largo poema. Se menciona muchas veces en muy diversas comparaciones. Forman una escala por donde el alma asciende a la contemplación de lo Eterno, contrastando con el negro de la noche, y el negro de la cabellera del Señor. El cuerpo de Jesús es:

Blanco cual las nubes espuma de los cielos,

y es "nube... de blancura". Pero no solamente es blanco cual la nube sino "cual la nieve en las cumbres". Y mirando a lo alto con añoranzas de lejanía exclama: "Eres la blanca puerta del empíreo"; "ánfora blanca de licor divino". Incontenible la inspiración del poeta observa "Blanco lirio tu cuerpo, frágil tela", pero bajo esa blancura que evoca frialdad, hay fuego, calor:

eres blanca llama de la hoguera blanca llama de fuego que devora.

Pero aún esta multitud de símiles no está completa, si no llegara a con-

siderar a Jesús no sólo como puerta, como ánfora, o tela sino también como alimento:

"Hostia blanca del trigo de los surcos", "Como la leche de María blanco, nata de Humanidad". Y de ese cuerpo que en su albura se confunde con el fuego y con el sol:

La visión del espíritu en tu pecho se espeja, y a nosotros su paloma, blanca lengua de fuego como copo vemos que nieva desde tu regazo.

Unamuno seguirá en actitud lúdica con el color blanco, y toma toda una serie de animales que en la Biblia fueron conocidos como símbolos futuros de Cristo Libertador y en todos ellos predomina el blanco:

> Blanco león de los desiertos, mecen vientos de fuego tu melena negra, ¡Rey del desierto, León de Judá!

Y junto a la grandiosidad del rey de los animales está también la mansedumbre, y Cristo es el "Blanco Toro de luna de frente" y el

Becerro expiatorio del rebaño cabeza y a la vez que sacerdote.

Recordando al Antiguo Testamento. Unamuno trae a la memoria aquella cura milagrosa en los llanos de *Moab* cuando los hebreos caminaban por el desierto y una plaga de serpientes venenosas los atacó, como justo castigo a su murmuración. Yahvé mandó a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y todo aquel que se sintiera mordido por una serpiente la veía y sanaba de su mal. Pues a esa imagen alude Unamuno cuando llama a Cristo

Serpiente blanca, a quien te mire con ojos de pasión

y también eres,

blanco Dragón de nuestra cura ...todo el veneno del dolor recoges.

El Antiguo Testamento enumera una multitud de sacrificios que se ha-

cían a Dios, ya por Moisés, David, o Salomón. El sacrificio más común era el de un cordero sin mancilla. Así llama también Unamuno a Cristo "Cordero blanco del Señor" y añade "Herido por nosotros como ciervo que a morir corre al matorral nativo".

Y volviendo los ojos hacia las alturas dos símbolos brotan espontáneos:

tú así, Paloma blanca, de los cielos.

y Aguila blanca que bebiendo lumbre del Sol de siempre con pupilas fúlgidas nos la entregas, pelícano.

Otro motivo poético usado por Unamuno en sus símiles es el del agua.

Unamuno compara el cuerpo de Cristo

que es cumbre de la vida.

después con un arroyo, "como un arroyo al sol tu cuerpo brilla/ vena de plata viva en la negrura/ de las rosas que ciñen su encañada;/ las aguas corren y el caudal es uno/ sobre el alma del cauce duradero". Después el caudal de agua se convierte en río: "Nos bañamos en Ti, Jordán de carne". Y por último es fuente viva: "Eres, Jesús, cual una fuente viva/ que canta en la espesura de la selva/ cantares vírgenes de eterno amor".

Y el momento solemne llega y el agua no sólo es agua, sino también es vino:

Que si en las bodas de Caná cambiaste en vino el agua, en el martirio cruento de tu pasión volviste al rojo vino en agua viva de Sicar que apaga para siempre la sed

y también es sangre:

Sobre el lagar divino de tu pecho pisó el licor que nuestras penas lava. Es tu vino, Señor, tu propia sangre, y hay en el vino de tu sangre ¡oh Cristo! agua también, de cumbre y sin mancilla".

Tres de las más bellas comparaciones son las que hace Unamuno de Cristo

con respecto a la Música. Cristo es música, es fuente viva de dulces melodías, es instrumento musical que vibra. "porque es música tu cuerpo/ divino, y ese cántico callado/ —música de los ojos su blancura—,/ como arpa de Dios da refrigerio".

Y la música es bálsamo del alma:

y a las notas de la armonía de tu pecho santo se aduermen nuestras penas hechizadas.

Música, el lenguaje más sublime, el lenguaje del universo, aquel del cual cantara Fray Luis de León, en su "Oda a Salinas". El idioma del universo todo, pero con Cristo en el centro, el imán de los imanes:

El canto eres sin fin y sin confines; eres Señor, la soledad sonora, y del concierto que a los seres liga la epifanía. Cantan las esferas por tu cuerpo, que es arpa universal.

De la mina inagotable del estro unamuniano manan como de una fuente perenne, muchas otras comparaciones aplicadas todas al Cuerpo de Cristo. Es en toda esta parte el Unamuno objetivo, el que ve, el que observa, el que a través de su visión contempla y sumiso baja la cabeza y dice a Cristo con la voz velada:

Porque eres el libro eterno de los cinco sellos arrollado a la cruz,

santo madero en que navega el alma tendida entre dos eternidades.

Porque Cristo es el puente, la escala, por el cual el hombre roza lo divino, "Que es tu cruz gradería de la gloria" y los clavos que atan a Jesús a la inmóvil y dura cruz son "las llaves que nos abren/ de la muerte —la vida—los cerrojos".

Ante la contemplación se abre el silencio. Con él termina esta primera parte.

Silencio, desnudez, quietud y noche te revisten, Jesús, como los ángeles de tu muerte